

POR este país de nuestras penas y nuestras alegrías ronda el fantasma de la desesperanza. Porque los tiempos apremian, porque las necesidades son tantas como los deseos, porque cuesta poner a España en una situación de justicia social cuando la justicia es ya una llamada perentoria igual que el respeto a los derechos del hombre-ciudadano.

Hablamos de crisis con enorme facilidad, como si la crisis fuera algo que se nos viene encima de repente. Hablamos de penuria como si la penuria fuera algo así como un estado de ánimo que nos atenaza. Poco a poco, entre las preocupaciones verdaderas y las que el agitado mar de los medios de comunicación nos echa encima, cunde la desesperanza y se avizora el futuro como un enorme túnel negro sin salida.

Este libro ha nacido de un largo buceo en ese otro túnel que es la Historia. Un túnel oscuro en zonas más antiguas, mucho más claro con el devenir de los tiempos, luminoso en tiempos de felicidad nacional. Verá el lector que hay más zonas oscuras que luminosas. Verá también, si quiere, que nunca se ha perdido del todo la esperanza y que el hombre —el español y sus alrededores, en este caso— siempre ha encontrado la salida justa a las profundas crisis que ha vivido.

Las costumbres económicas de los españoles forman un complicado tejido que, parcelado, puede parecer escandalosamente diverso, pero que, visto en su conjunto, urde una preciosa tela, casi de seda cordobesa.

No se busque en estas páginas labor de investigación, sino de síntesis. Aquí hay resúmenes de comportamientos, no labor de arqueología. Esta la

han hecho los arqueólogos; los resúmenes, las síntesis, le corresponden al periodista. Pese a lo cual no creo que haya sido labor baladí la acometida. Marcar una trayectoria es, por lo menos, invitar a recorrerla de nuevo, siquiera sea con la mirada. Ese es un objetivo alcanzable. Sea el lector generoso y hágalo bueno.